

mero de personas. ¡Bendito sea Dios! Hay un bien en ello; no lo dudemos. Pero téngase presente que este bien no es sinó el principio de la importante obra de la santificación. Pararnos aquí, es como si nos parásemos en el vestíbulo, sin entrar dentro del santuario, que es el alma, el Corazón de María. Por eso cuando llega la estación peligrosa del estío, y los placeres del campo en las divertidas tardes del otoño, el pecado reina aún, como si Mayo no hubiera existido. ¿Donde están entonces los frutos de santidad que debía haber producido el Mes de María? ¿Qué se han hecho la modestia, la humildad, el recogimiento, el espíritu de oración, la caridad con el prójimo...? ¡Ay! Al devoto hijo de María, ó al que por lo menos se le cree tal, le separa una distancia inmensa de su Madre; en nada se parece á la que debía ser su perfecto modelo; en nada se conforma su vida con la vida de su Madre. ¡Oh desorden! ¡Oh ilusión! ¡Cuán diestro es el demonio! ¡A cuántas almas tiene engañadas en una falsa paz, en una seguridad deplorable!

Resueltos estamos, oh Madre amantísima, á complaceros este año. Comprendemos lo que queréis de nosotros y lo ejecutaremos. Sí; mañana vamos á saludar con transportes de gozo la primera aurora de este delicioso Mes que trae el título de *Mes de María*. No queremos que nos suceda lo que hasta aquí. Conocemos nuestros deberes, y con vuestro paternal auxilio, esperamos confiadamente llenarlos á vuestra satisfacción. No olvidaremos por un solo instante, que si sois la Reina de las flores, sois también el árbol más hermoso que la mano del celestial Agricultor ha plantado en el jardín de su Iglesia; árbol que produce frutos agradables á la vista y gratos al paladar. Meditaremos seriamente esta verdad, y nuestra devoción hacia Vos será como una fuente copiosa de bendiciones, que fecundizando nuestro pobre corazón, le disponga á producir frutos de vida eterna.

C. MARTÍN.

## INSTRUCCIÓN FAMILIAR.

### PLAN.

#### PRIMERA CONSIDERACIÓN.—Motivos de la institución del Mes de María.

SUBDIVISIONES.—1. El Mes de Mayo es el más bello de todos.—2. Tierna piedad hacia la Santísima Virgen.—3. Este mes es para María época de grandes consolaciones.—4. El Mes de Mayo es el más peligroso para la inocencia.

#### SEGUNDA CONSIDERACIÓN.—Fin de esta devoción.

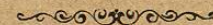
SUBDIVISIONES.—1. Sublimidad de este fin.—2. Santidad de este fin.

#### TERCERA CONSIDERACIÓN.—Ventajas de esta devoción.

SUBDIVISIONES.—1. Dón de perseverancia.—2. Indulgencias.

#### CUARTA CONSIDERACIÓN.—Medios para obtener los frutos de esta devoción.

(Véase la segunda parte del sermón precedente.)



*Mensis iste, vobis principium mensium,  
primus erit vobis in mensibus anni...  
celebrabilis solemnem Domino,*

Este Mes ha de ser para vosotros el primero entre los meses del año... y le celebraréis como fiesta solemne al Señor.

(EXOD. XII. 2. 1.)

DESDE el día para siempre memorable, A. H. M., en que la Santísima Virgen fué proclamada Madre nuestra desde lo alto de la Cruz por Jesucristo, se ha complacido la Iglesia católica en multiplicar los homenajes tributados al Santo Nombre de María, mirando como un deber suyo glorificar los inefables privilegios vinculados á su divina Maternidad. A este fin ordenó en honor de la Santísima Virgen una serie misteriosa de festividades que ha celebrado siempre con una pompa casi igual á la que despliega en las solemnidades del Divino Salvador. Así es que en cada año litúrgico, al mismo tiempo que renueva la memoria de los grandes misterios de Dios hecho hombre, desde su humilde nacimiento en Belén hasta su Ascensión triunfante á los Cielos, la enlaza con las hermosas fiestas de su augusta Madre, desde su oscura cuna hasta su Asunción gloriosa.

Por eso, si la Iglesia católica une sus votos á los suspiros de los

Patriarcas y Profetas, durante las cuatro semanas del Adviento, con el fin de preparar dignamente á sus hijos para que celebren la fiesta de Navidad; y si consagra las seis semanas de la Cuaresma á ejercicios de mortificación, con objeto de que los fieles, despojándose del hombre viejo, resuciten con Jesucristo á una nueva vida en las solemnidades de la Pascua, nada tiene de extraño que la misma Iglesia, guiada siempre por el espíritu de gracia y de verdad, haya acogido en estos últimos tiempos el piadoso pensamiento de consagrar un mes al honor de la Santísima Virgen, colocándolo después de las alegrías de las más grandes festividades, como si se propusiera poner la inocencia de sus hijos penosamente recuperada, bajo el poderoso patrocinio de su tierna y querida Madre.

Cristianos, quiénes quiera seáis, ora justos, ora pecadores; hé aquí el tiempo favorable para acudir á la divina misericordia, hé aquí los días de salud que la Virgen os ofrece, con el único deseo de contribuir á vuestra perfección: *Ecce nunc tempus acceptabile, ecce nunc dies salutis.* (II. COR. VI. 2.) María es la que os llama con estas tiernísimas palabras que la Iglesia pone en sus labios: *Transite ad me omnes qui concupiscitis me, et a generationibus meis implemini.* (ECCLI. XXIV., 26.) El que me encuentre, sacará del Señor su salud, porque habrá encontrado la vida: *Qui me invenerit, inveniet vitam, et hauriet salutem à Domino.* (PROV., VIII, 35.); no la vida de un día, sujeta á un sinnúmero de males, sinó la vida feliz que el corazón del hombre, tan insaciable como es en sus afecciones y deseos, no es capaz de imaginar siquiera. ¡Ah! Puesto que escucháis en este día la voz de su misericordioso cariño, no endurezcáis vuestros corazones: *Hodie si vocem ejus audieritis, nolite obdurare corda vestra.* (PS. LXXX., 4.)

Con el propósito de inspiraros, A. H. M., estos sentimientos, y de enseñaros á apreciar la importancia de la devoción del Mes de María, voy á exponer á vuestra consideración: 1.º *Los motivos de la institución del Mes de María;* 2.º *Los fines de esta devoción;* 3.º *Sus ventajas;* 4.º *Los medios para obtener sus frutos.*

AVE MARÍA.

## PRIMERA CONSIDERACION.

### MOTIVOS DE LA INSTITUCIÓN DEL MES DE MARÍA.

No era difícil, porque no podía ser dudosa, la elección de uno entre todos los meses del año. Las maravillas del mundo de la naturaleza no son ciertamente más que un pálido reflejo de las maravillas de la gracia; pero al menos pueden, con harta propiedad, servirles de símbolo. Hé aquí la razón de que la Iglesia nos haya presentado siempre á María bajo de graciosos emblemas, tomados del mundo de la naturaleza. Ya la designa como la estrella de la mañana que anuncia al Sol

divino, ya como la deliciosa primavera que promete á la tierra los frutos de la vida perdurable, mientras las santas Escrituras, comparándola en su lenguaje poético con las más vistosas plantas de que se viste la tierra en la estación de las flores, la llama azucena de los campos, lirio de los valles, rosa que se abre leda en los jardines de Jericó, palma que ha crecido como las más bellas de Cadés, olivo de los campos, y plátano que besa con sus tiernos tallos las aguas del arroyo vivo que corre á su pié.

Ya lo veis, H. M.: los profetas nos habían designado anticipadamente el mes que convenía consagrar al culto de María Santísima; mes que no podía ser otro que Mayo; el mes de la plena primavera; mes de la esperanza, en cuanto lo es de las flores. No parece sinó que en estos bellos días la naturaleza reúne los más preciosos tributos para ofrecerlos á la Emperatriz augusta de los Cielos y la tierra, á la manera que la piedad de los fieles, más fecunda y rica aún que la misma naturaleza, le prepara diariamente ofrendas misteriosas. Las luces de que piadosas doncellas rodean la imagen de la Purísima Virgen que trajo en su seno la luz del mundo; las aromáticas flores que ostentan sus colores al resplandor de los cirios; la poesía, esa flor de la palabra, que consagra á la Madre de Dios sus inspirados cantos; las voces melodiosas que resuenan en torno del altar, forman una armonía encantadora, un dulcísimo concierto de las almas cristianas, que expresan afectuosamente la fe, la esperanza y el amor, como un eco, si bien débil, del himno eterno que los ángeles repiten al rededor del trono de María en lo más alto de los Cielos.

Otra causa de haber instituido la devoción del Mes de María es la tiernísima piedad hacia esta augusta Reina. No puede ponderarse cuán ingenioso ha sido el celo por la gloria de esta incomparable Virgen para inventar nuevas maneras de honrarla y de dar mayor solemnidad á su culto. Cada siglo vió establecer en la Iglesia una multitud de prácticas, dirigidas á animar la piedad para con María, y atraer sobre sus fieles siervos los tesoros de gracia de que ella es dispensadora. Así la institución del rosario y de su rezo, del escapulario, de las *Avemarías*, de las romerías piadosas, de las procesiones, del canto de himnos y gozos, de órdenes sagradas, congregaciones y conferencias, erigidas bajo la invocación de la Santísima Virgen; tantas fiestas instituidas en su honor, y tantas prácticas como se le consagran, y cuyo número sería imposible expresar, son otros tantos frutos preciosos de la devoción á María y nuevos medios de honrarla, propuestos sucesivamente á la piedad de los fieles. La rapidez con que se han introducido en todas partes estas santas prácticas, las bendiciones que el Señor se ha complacido en vincular en ellas, los bienes espirituales con que la Iglesia las ha enriquecido, á fin de propagarlas y darlas mayor crédito entre sus hijos, prueban cuán saludables son y cuán conformes al espíritu de nuestra religión santa. Esto mismo ha sucedido en nuestra edad respecto al Mes de María; á esta práctica tan provechosa y apreciada de las almas devotas, que parece haber estado

reservada para estos últimos tiempos, á fin de reanimar en los marchitos corazones de los cristianos los sentimientos de que deben estar penetrados hacia la más tierna de las madres.

En este mes celebra la Iglesia aún el tiempo pascual; tiempo de júbilo para los fieles y de gozo para la Madre del Redentor, por haber visto en él salir á su Hijo glorioso del sepulcro. ¡Cuántas angustias habían oprimido el corazón de esta divina Madre! Mas ahora cambia su traje de luto en vestidura de gloria. El Hijo querido, á quien cubierto de sangre é inundado de injurias había acompañado hasta el Gólgota; el Salvador á quien había visto espirar entre dolores en la cruz, y el que le había dirigido por última vez la palabra, diciéndola, al mismo tiempo que designaba á Juan, *Mujer vé ahí á tu hijo*, cuando iba á dejar el mundo para subir á su Padre; ese Hijo querido ha triunfado para siempre de la malicia y de la muerte, presentándose á su Madre resucitado y esplendente, llamándola *Madre*... El gozo que causó á la Santísima Virgen la victoria y aparición de su Hijo, sólo puede comprenderlo una madre, como la viuda de Sarepta cuando el profeta Elías resucitó á su hijo y se lo presentó vivo y sano. Todo el pueblo fué testigo de la alegría de la viuda de Naim, cuando el Salvador, deteniendo en medio de la ciudad el cortejo fúnebre que acompañaba á su hijo difunto, mandó á la muerte que restituyese la presa á la desconsolada madre. ¿Quién puede ponderar el júbilo y gozo de María, viendo á su Hijo resucitado, glorioso y coronado de celeste auréola; á su Hijo, á quien había visto coronado de espinas, con los piés y manos taladrados y el costado abierto; á su Hijo, á quien había visto espirar en medio de los más acerbos dolores, y envuelto después en el sudario colocado en el sepulcro? Este misterio de incomparable alegría es el que la Iglesia celebra en este período que corre. De sobra está, pues, el afirmar que el mes de Mayo es un mes querido de la bienaventurada Madre del Salvador.

Otro motivo de consuelo para María es la resurrección espiritual de sus innumerables hijos adoptados por ella al pié de la cruz. ¡Cuántos de éstos se habían extraviado entrando en las vías de perdición! ¡Cuántos habían cerrado su corazón á las santas inspiraciones de la gracia! ¡Ay! Creyendo los desdichados apagar su sed, habían corrido en busca de cisternas secas, dejando la de Belén, cuyas aguas son tan puras. Habían pedido al mundo riquezas y placeres, persuadidos de encontrar en ellos la vida; pero no encontraron más que el pecado y la muerte! Las solemnidades de la Pascua les han dado á conocer su extravío, haciéndoles resucitar á la gracia y recobrar una nueva vida. Hé ahí á tus hijos, oh María, consérvalos para siempre. *Ecce filius tuus*. Esos son hijos de vuestras lágrimas, pues que vuestro llanto, suspiros y oraciones les han alcanzado la conversión. Si en el Cielo hay tan grande júbilo cuando un pecador vuelve á su Dios; si los ángeles cantan con este motivo himnos de alegría delante del Excelso, ¿cómo no habéis de sentir vos, oh Refugio de pecadores, los más dulces consuelos en vuestro corazón el día en que ellos se convierten? No es

otra la causa de que la Iglesia ponga durante el tiempo pascual en nuestros labios la aclamación que os ha consagrado y que expresa los más vivos transportes de alegría: *Regina cæli, lætare, alleluya*. Regocijaos, Reina de los Cielos; el tiempo de los dolores ha pasado, los días de lágrimas huyeron ya. Alegraos, porque los hijos que habíais llevado en vuestro corazón, y que en un momento de olvido y de ingratitud abandonaron vuestro regazo, han vuelto á él; habían muerto para vos y han resucitado: *Quia quem meruisti portare, resurrexit*. Junto á vos están; al pié de vuestro altar se hallan, invocando vuestro nombre. Son éstos que se inclinan para adoraros, que os dirigen sus súplicas, que cantan vuestros loores, que escuchan atentamente la palabra de Dios, y que se declaran con resolución siervos vuestros para siempre: *Resurrexit*. Dignaos aceptar su devoción, oh la mejor de las Madres: tened á bien rogar por ellos: *Ora pro nobis Deum*.

El cuarto motivo, no menos laudable, por que se ha designado este mes para la práctica de la devoción especial á la Santísima Virgen, es el de apartar á los fieles de las diversiones peligrosas á que convida la primavera. El mes de Mayo, por la serenidad del cielo, por la expansión de la naturaleza, por el espectáculo fascinador de un renacimiento general, saca á los hombres fuera de sí. Los campos, las riberas, todo tiene un atractivo irresistible. Los paseos, las reuniones, el trato que el invierno había suspendido, se renuevan. Fuera de esto, el período que atravesamos es terrible, en cuanto fomenta los movimientos impetuosos del alma, las fuertes pulsaciones del corazón, la vaguedad indefinible del pensamiento. Para preservarnos, pues, de estos días de tempestad para la inocencia, la Iglesia nos ofrece como admirable remedio la devoción del Mes de María, invitándonos á entrar en el templo á la caída de la tarde y ocupar aquí algún espacio en presencia de la Virgen. ¡Qué hermoso espectáculo se le presenta! A los aromas que la tierra exhala, á la voz armoniosa de las aves que pueblan las florestas rejuvenecidas y los jardines odoríferos, á la voz misteriosa de la tierra que parece celebrar su renacimiento á una vida nueva y convidar al género humano á la esperanza, vienen á unirse al pié del altar de María adornado de flores y centelleando luz, los alegres conciertos, los sencillos cánticos, los homenajes que se apresuran á rendir á la cariñosa, á la más amable y á la más querida de las Madres sus numerosos hijos, deseosos de verla diariamente. ¡Tierna es la devoción del Mes de María! Observad cómo pone en movimiento todas las almas sensibles y piadosas de nuestras ciudades y hasta de nuestras aldeas. Para adornar el altar de la dulce Madre y colocar su venerada estatua sobre un asiento de flores y verdura, recogen los niños en los prados la humilde violeta, cortan en los jardines la rosa de color purpúreo y la esbelta azucena vestida de blanco; las jóvenes tejen guirnaldas y coronas embalsamadas; la madre de familia presta las alhajas que han de multiplicar los destellos de la luz: todos á porfía contribuyen á engalanar el trono de su augusta Soberana.

Magnífico es el Mes de María en las grandes poblaciones por el gran concurso, por las selectas armonías y espléndida riqueza de los altares con que se celebran. Pero en los pueblos del campo es tierno, porque deja ver al despuntar la aurora, ó después de puesto el sol, tras un día de penosas tareas, á los fieles humildes acudir á postrarse á los piés de María Santísima, adornando su trono con ramas de agradable verdura y con las flores recogidas á su paso, orando en santa hermandad á la Madre de Dios que les proteja durante la vida y en la hora de la muerte.

Ahora bien: decidme, A. H. M., si estas santas ocupaciones, estas tardes tan bien empleadas, estos sentimientos tan piadosos, este celo por la magnificencia del culto, estos armoniosos cánticos, esta iluminación esplendente, estas súplicas de todo un pueblo en el que se confunden las edades y las condiciones, estas pláticas del sacerdote, no son uno de los más santos y eficaces medios de apartar á los fieles de las peligrosas diversiones de la estación presente. Pasemos ahora á considerar el fin de esta devoción.

## SEGUNDA CONSIDERACION.

### FIN DE ESTA DEVOCIÓN.

Esta devoción tiene por principal objeto movernos: 1.º á meditar los misterios de la bienaventurada Virgen María: 2.º á admirar é imitar sus virtudes.

El fin de esta devoción no es otro que el de honrar á María con esplendor y magnificencia, pero también con recogimiento y meditación; alabarla, cantando sus loores, pero también contemplando sus admirables virtudes; aficionar nuestro corazón á esas mismas virtudes suyas, pero esforzándonos á introducir la práctica de ellas en todas nuestras acciones, á extender y hacer cada día más popular el culto de la Santísima Virgen, á estudiar, por último, los sublimes ejemplos de su vida, para caminar por sus huellas adelantando en los caminos del Señor. El fin de esta devoción es, pues: 1.º *Sublime*, y 2.º *Santo*.

La sublimidad del objeto á que se dirige la devoción de que hablamos, se deduce de la consideración de los misterios de la Santa Virgen María. Como hija del Eterno Padre, Madre de Dios Hijo, y Esposa del Espíritu Santo, es la criatura más perfecta que ha salido jamás de las manos del Criador. Sus perfecciones y prerogativas sobrepasan á las de los Santos, como que la colocan en lugar más elevado que los ángeles. Dios, al predestinarla para Madre del Verbo divino, hizo entre todas las hijas de Eva una elección única, por cuanto nunca volverá á ser renovada, ni igualada siquiera, por muchos que puedan ser los favores que Dios quiera otorgar á una criatura.

La consideración de los misterios de la Santísima Virgen com-

prende todas las festividades en que se hace mención de los pasos más notables de su vida, tales como su predestinación, su divina Maternidad, su Concepción inmaculada, su Natalicio, su Santo Nombre, su Presentación en el templo, la Anunciación, la Visitación, la Natividad del Salvador, la Purificación, la vida oculta en Nazaret, los dolores al pié de la Cruz, la Resurrección de Jesucristo y su Ascensión, la muerte en fin y Asunción de María. ¡Qué materia más digna de nuestras meditaciones! Por eso la elegimos para nuestras instrucciones durante el mes de Mayo, y para objeto de vuestras reflexiones, puesto que es el fin principal de la devoción del Mes de María. ¿No es en efecto este fin sublime?

La Santidad de que se trata dedúcese de la imitación de las virtudes de la Santísima Virgen. Las virtudes que admiramos, y sobre todo, que queremos imitar en María, son: la humildad, la resignación, el amor á la pobreza, la laboriosidad, el fervor en la oración, la pureza, el amor al silencio, la longanimidad y paciencia en los dolores, la caridad.

Niña, adolescente y mujer, perteneciente á una familia pobre, pero de sangre real, unas veces la más feliz de los mortales, y otras la más desgraciada de las madres, ofrece á las personas de todas edades un perfecto modelo, y á las de toda condición un perfecto ejemplo. ¡Ah! Si la vida y la historia de los Santos han producido tanto fruto en las almas, ¿cuánto no producirá, en punto á perfección, la historia santa de la Madre de Dios? ¿Quién de nosotros, A. H. M., perdonará trabajo para imitar á la que es nuestra guía en el camino del Cielo, y cuyas virtudes se nos proponen á toda hora como ejemplar el más acabado?

## TERCERA CONSIDERACION.

### VENTAJAS DE ESTA DEVOCIÓN.

En todo tiempo se manifiesta María llena de solicitud para socorrer á los que la invocan; pero principalmente en estos 30 días de gracia se complace en repartir entre todos los más señalados favores. Este es, H. M., el tiempo de pedirlo todo, y de alcanzarlo todo. No podemos formarnos una idea bastante exacta del poder de María Santísima, y de su deseo de escuchar nuestras súplicas. La pedimos poco, y esto poco no se lo pedimos con bastante confianza, perseverancia é insistencia. Dilatemos, pues, nuestro corazón, extendamos nuestros deseos, multipliquémoslos, que María los llenará: *Dilata os tuum et implebo illud*. (Ps. LXXX, 11). Los beneficios que María os concederá, durante el mes de Mayo, son de dos clases: *beneficios temporales* y *beneficios espirituales*; beneficios temporales, esto es, prosperi-

dad en vuestros negocios; bendiciones sobre vuestra familia, honor, buena reputación, salud, feliz éxito de vuestros planes, todo en orden á vuestra salvación: beneficios espirituales, es decir, acrecentamiento de piedad, dón de la perseverancia, indulgencias.....

No siéndome posible extenderme acerca de todos estos felices resultados, me limitaré á hablaros del *dón de perseverancia, y de las indulgencias*.

La devoción á María es señal de predestinación. San Anselmo y San Antonino aseguran en términos formales ser imposible que el verdadero devoto de María se condene. *Impossibile est ut pereat*. San Bernardo afirma, no sólo que no puede perderse el protegido de la Santísima Virgen, sinó que es imposible que ésta deje de alcanzar cuanto demande: *Impossibile Deiparam non exaudiri*. San Pedro Damiano se expresa aún más enérgicamente, diciendo que María es *todopoderosa en el Cielo y en la tierra*. San Agustín la llama *única esperanza de los pecadores*. San Juan Damasceno dice, hablando con la Virgen: *Si pongo en Vos mi confianza, seré salvo; si estoy bajo vuestro patrocinio, nada tendré que temer*. Con arreglo á esta doctrina, podemos sostener que la Santísima Virgen alcanza para sus devotos el dón de la perseverancia, prenda segura de salvación. Ahora bien: María nos concederá indudablemente esta insigne merced, si durante el mes de Mayo sabemos invocarla, amarla, y rogarla debidamente: y si no descuidamos ninguna de las santas prácticas que se nos aconsejan, después de consagrarnos para siempre á su servicio.

La Iglesia es la ciudad santa, donde todos sus moradores tienen los mismos intereses, gozan de los mismos derechos, y viven bajo las mismas leyes, formando una familia, cuyos individuos poseen la misma herencia. Esta unión íntima de los miembros de la Iglesia, fundada en la caridad, y cimentada en la sangre de Jesucristo, es lo que los Apóstoles llaman en uno de los artículos del Símbolo *la Comunión de los Santos*. Nosotros participamos de todo el bien que se practica en la Iglesia, esto es, de los padecimientos de los mártires, de los trabajos de los Apóstoles, de las austeridades de los anacoretas, así como todos éstos participan del bien que nosotros hacemos: *Particeps ego sum omnium timentium te* (Ps. cxviii, 63.) De acuerdo con este principio, enseñanos la teología que además de los tesoros infinitos de los méritos de Jesús, que son el origen de todos los demás, hay en la Iglesia un tesoro finito compuesto de los méritos de la Santísima Virgen, y de los Santos. Los méritos infinitos de Cristo nuestro Señor, y las satisfacciones superabundantes de los Santos, forman el tesoro de las Indulgencias.

La Iglesia, pues, en virtud de su autoridad soberana, reparte estas indulgencias según las necesidades de sus hijos, vinculándolas en el cumplimiento de tal ó cual deber, ó á la práctica de tal ó cual devoción. El Mes de María participa de aquel precioso tesoro en razón á que los Soberanos Pontífices han concedido á esta tierna devoción preciosísimas indulgencias. Cada ejercicio de la tarde puede propor-

cionar á los que asistan á él una de 300 días, y el de la comunión ha sido favorecido con una indulgencia plenaria.

¿Y permaneceremos indiferentes á estos beneficios? Apresurémonos á ganar tantas indulgencias, por la intercesión de la Santísima Virgen, que de seguro no desechará nuestros esfuerzos. Pidámosla nuestra respectiva parte en las gracias de cada día, coronándolas todas con la indulgencia plenaria, por recibir los sacramentos al fin de esta santa estación, que le está consagrada por entero.

## CUARTA CONSIDERACION.

MEDIOS PARA OBTENER LOS FRUTOS DE ESTA DEVOCIÓN.

(Véase en la segunda parte del sermón de apertura el título MANERA DE SANTIFICAR EL MES DE MARÍA.)

EXHORTACIÓN. Escuchad, A. H. M., la voz de Dios, la cual, después de haber resonado con frecuencia en vuestros oídos durante el santo tiempo de la Cuaresma, va á dejarse oír aún llena de gracia y melodía durante el período dichoso del mes de Mayo. Dad á vuestros pastores el dulce consuelo de ver cómo celebramos esta gran solemnidad, con grande acrecentamiento de fervor. Rodead piadosamente el altar de esa Virgen misericordiosa, á quien la Iglesia apellida con tan justos títulos refugio de pecadores, y pedidla con instancia la conversión de todos aquellos de entre vuestros hermanos que no hayan respondido en la última Pascua al llamamiento de la gracia divina.

«María abre los abismos de la misericordia de Dios, decía San Bernardo, cuándo quiere, cómo quiere, y en favor de quién quiere.» De seguro no transcurrirán estos días coconsagrados á su honor, sin que la celeste espigadera, como la llama un Santo Padre, haya recogido algunas espigas dejadas en la siega. ¡Cuánta alegría será la nuestra, si hemos logrado salvar, por medio de la Santísima Virgen, alguno de nuestros hermanos!

¡Dulcísima Madre del Salvador, y Madre también nuestra! Todos, párroco, clero y fieles, iremos con el mayor afecto á postrarnos al pié de vuestro altar; y vos, Señora, os dignaréis oír nuestras plegarias, complaceros en nuestros cánticos, y aceptar nuestras coronas de flores, recibiendo principalmente la ofrenda de nuestros corazones.

Terrible sois á las potencias del abismo; por eso vuestro brazo disipará las tempestades que amenazan nuestra salvación, señalándonos los escollos del mar del mundo donde tan frecuentes son los naufragios, y haciendo que evitemos los lazos de Satanás. Madre

sois de la santa Esperanza: por eso nosotros dilataremos nuestros corazones; y al recordar vuestras antiguas misericordias en favor de esta feligresía, y de vuestro afecto á la Santa Iglesia en general, repetiremos con plena confianza, en estos días de sacudimientos y de luchas: *Nos acogemos á vuestra protección, santa Madre de Dios; no desechéis nuestras súplicas en las necesidades que nos apremian; sinó, por el contrario, libradnos de todo peligro, oh Virgen gloriosísima y bendita.*

C. MARTIN.

## DISCURSO

PARA EL DIA 1.º DE MAYO.

### PREDESTINACIÓN DE MARÍA.

#### PLAN.

**PUNTO PRIMERO.**—Tres caracteres de la predestinación de María.

SUBDIVISIONES.—1. Para ser Madre de Dios.—2. Para ser cooperadora suya.—3. Para hacer sus delicias.

**PUNTO SEGUNDO.**—Aplicación de este misterio á nuestras almas.

SUBDIVISIONES.—1. De nuestra predestinación á la fe por el Bautismo.—2. ¿Somos fieles á ella?



*Ab æterno ordinata sum.*  
Desde la eternidad he sido ordenada.  
(PROV. VIII, 22.)

**E**STER, una huérfana que vivía en cautiverio acompañada de su tío Mardoqueo, se sentó por disposición de Dios, en el trono de Asuero. David, ignorado pastorcillo, fué ungido rey de Judá por mandato del Señor, que al efecto le envió el profeta Samuel. Maravillosas fueron estas vocaciones; pero ¿en qué pueden compararse á la de María.

Dios, que desde la eternidad había previsto la caída del género humano, tenía también resuelto en su misericordia redimirlo por medio de la Encarnación. Como una mujer había sido la causa del pecado, quiso que otra mujer fuese el instrumento del gran misterio de la reconciliación. Esta mujer debía ser la Virgen María. ¡Seáis eternamente honrada, augusta Madre de nuestro Redentor!

Consideremos hoy, A. H. M., la altísima predestinación de María: 1.º es llamada á ser Madre de Dios, su cooperadora y sus delicias; 2.º su fidelidad en cumplir los designios de Dios sobre ella, debe servirnos de modelo. Tal será la materia de nuestras reflexiones.

AVE MARÍA.